

Sermón Siete. EL JUICIO.

«Vi hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de Días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana pura; su trono, llama de fuego, y sus ruedas, fuego ardiente. Un río de fuego salía y procedía de delante de él; millares de millares le servían, y diez mil veces diez mil estaban delante de él; el juicio fue establecido, y los libros fueron abiertos.

Miré en las visiones de la noche, y he aquí, uno como el Hijo del Hombre venía con las nubes del cielo, y llegó hasta el Anciano de Días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y un reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Su dominio es dominio eterno, que no pasará, y su reino uno que no será destruido.» (Daniel 7:9, 10, 13, 14)

Tenemos en esta Escritura una descripción sumamente impresionante del Juicio. El Anciano de Días representa a Dios, el Padre. Uno como el Hijo del Hombre, que viene al Anciano de Días, es nuestro Señor Jesucristo. Aquellos que están en su presencia, ya sea para ministrar o para esperar, no son hombres, sino ángeles. Compárese (Daniel 7:10) con (Apocalipsis 5:11). Daniel describe la apertura del Juicio de los justos, que ocurre en el Cielo antes del regreso del Señor a este mundo para levantarlos de entre los muertos. El Padre preside como juez. Los ángeles de Dios están presentes como ministros y testigos. En este tribunal, el Hijo del Hombre se presenta para recibir el dominio del mundo. Aquí es coronado *Rey de reyes* y *Señor de señores*, título con el cual luego viene a la tierra. (Apocalipsis 19:11-16). Pero los hombres no están presentes para presenciar esta parte del Juicio, ni para contemplar la coronación de Cristo. El Padre y el Hijo, y los santos ángeles, componen esta gran asamblea.

Los tronos nombrados en el texto no son los de gobiernos terrenales, sino tronos de juicio. Las mejores autoridades dan a las palabras *fueron puestos* (o "cast down" en el original) el significado opuesto. Las traducen como *fueron establecidos* o *erigidos*. Así dice Adam Clarke: «Los tronos fueron derribados, podría traducirse como erigidos; así la Vulgata, *positi sunt*, y así todas las versiones». El Dr. Hales, en su *Sacred Chronology*, vol.ii., p.105, traduce (Daniel

7:9), así: «Vi hasta que los tronos fueron erigidos, y el Anciano de Días se sentó», etc. La versión Douay dice, «fueron colocados»; y así Bernard, y Boothroyd y Wintle en la *Cottage Bible*. Matthew Henry, en su *Exposition*, lo traduce «fueron establecidos». Del original hebreo, Gesenius, en su *Lexicon*, dice: «R'mah, (1) Lanzar, arrojar, (Daniel 3:20, 21, 24); (6:16) (2) Poner, colocar, p. ej., tronos; (Daniel 7:9); compárese (Apocalipsis 4:2)». El término utilizado por la Septuaginta es *Thronoi etethesan*; que, literalmente traducido, según Liddell y Scott, sería, «los tronos fueron puestos». Podrían darse otras autoridades.

La escena del Juicio abarca el establecimiento de tronos y la sesión en Juicio del gran Dios, en medio del resplandor de esa gloria, débilmente representada por el fuego y la llama, rodeado de huestes angélicas; en segundo lugar, la apertura de los registros de vida de los hombres, de los cuales serán juzgados; y el Hijo del Hombre se acerca al Anciano de Días, asistido por multitudes de ángeles, aquí representadas por las nubes del cielo, para recibir dominio, gloria y un reino. Esta escena no representa la segunda aparición de Cristo a este mundo, a menos que se pueda demostrar que el Anciano de Días está aquí.

Con estas observaciones sobre el carácter del Juicio, llamaremos brevemente la atención sobre la cadena profética de ese capítulo, que muestra nuestro tiempo en la historia de los gobiernos terrenales, y la cercanía comparativa del Juicio. Pero para hacer esta porción de profecía simbólica más clara y contundente para el lector, primero ilustraremos:

Suponga que usted viajaba por un camino con el que no estaba familiarizado. Le pregunta a un extraño, quien le dice que el camino lleva a una ciudad gloriosa, llena de todo bien, gobernada por el príncipe más amable, dulce y benévolo que el mundo jamás haya visto; que en esa ciudad no hay enfermedad, tristeza, dolor ni muerte. Luego procede a decirle lo que puede esperar encontrar en el camino, por lo que sabrá que le ha dicho la verdad, y que marcará el progreso que ha logrado. Primero, entonces, le dice que, después de dejarlo y viajar un tiempo, llegará a un monumento que puede verse a gran distancia; en su cima verá un león con alas de águila. A una distancia más allá, llegará a otro monumento, que tiene un oso con tres costillas en su boca. Siguiendo aún, finalmente llegará a un monumento,

en cuya cima contemplará un leopardo con cuatro alas de ave y cuatro cabezas. Después de eso, llegará a un cuarto, en el que hay una bestia, espantosa y terrible, con grandes dientes de hierro y diez cuernos. Y, por último, llegará a otro lugar donde verá la misma bestia, con esta diferencia: tres de sus primeros cuernos han sido arrancados, y en su lugar ha surgido un cuerno peculiar, con ojos como los ojos de un hombre y una boca. Lo siguiente que buscará, después de pasar la última señal mencionada, es la ciudad.

Con estas indicaciones usted comienza su viaje. ¿Qué busca primero? El león. Finalmente lo ve. Eso le inspira algo de fe en el conocimiento y la verdad de la persona que le ha dirigido. Habiendo pasado esa señal, lo siguiente que espera ver, según lo indicado en las instrucciones, es el oso. Finalmente lo divisa. «Ahí, dice usted, está la segunda señal que me dio». Debe haber estado perfectamente familiarizado con este camino y me ha dicho la verdad. Su fe aumenta a medida que avanza. ¿Qué busca después? Ciertamente no la ciudad. No; busca el leopardo. Bueno, pronto lo divisa a la distancia. «¡Ahí está!», exclama; «ahora sé que me ha dicho la verdad, y saldrá exactamente como dijo». ¿Es la ciudad lo siguiente que busca? No; busca esa bestia terrible con diez cuernos. Pasa eso, y dice, al pasar: «Cuán exactamente el hombre que me dirigió describió todo». Ahora su fe está tan confirmada que casi ve la ciudad; pero, dice usted, queda una señal más por pasar; a saber, el cuerno con ojos; entonces la ciudad viene después. Ahora la esperanza es alta, y sus ojos ansiosos miran con intenso interés la última señal. Esa aparece a la vista, y usted exclama, en éxtasis: «¡Ahí está!». Toda duda ha sido ahora eliminada. No busca más señales. Sus ojos anhelantes se fijan para contemplar la gloriosa ciudad a continuación, y probablemente ningún hombre ahora, por sabio que se profesara, podría hacerle desacreditar lo que su director le ha dicho. La ciudad, la ciudad, está fija en su mirada, y usted avanza, apresurándose hacia su descanso.

Ahora bien, si encontramos, al examinar, que todos los eventos o señales que Dios nos ha dado, los cuales debían preceder el día del Juicio y el establecimiento de su reino eterno, han transpirado o aparecido realmente, ¿qué debemos buscar

a continuación? ¡El Juicio del gran día! ¡La gloriosa recompensa de los justos! ¡La ciudad del gran Rey! Examinemos, entonces, el capítulo que tenemos delante.

Versículos 1 - 3

«En el primer año de Belsasar, rey de Babilonia, Daniel tuvo un sueño, y visiones en su cabeza mientras estaba en su cama; luego escribió el sueño, y relató la suma de los asuntos. Daniel habló y dijo: Miré en mi visión de noche, y he aquí, los cuatro vientos [que denotan convulsiones] del cielo se agitaban sobre el gran mar [las aguas denotan pueblos; véase (Apocalipsis 17:15)]. Y cuatro bestias grandes subían del mar, diferentes una de otra.» (Daniel 7:1-3)

Estas cuatro bestias son explicadas por el ángel como cuatro reyes. Versículo 17. En el versículo 23, se dice que son cuatro reinos, lo que muestra que la palabra rey, en estas visiones, significa reino.

Versículo 4

«La primera era como un león, y tenía alas de águila. Miré hasta que sus alas fueron arrancadas, y fue levantada de la tierra, y se hizo que se pusiera de pie como un hombre, y se le dio corazón de hombre.» (Daniel 7:4)

Babilonia, como se describe en esta visión, está aquí apropiadamente representada por un león, el rey de las bestias, denotando la gloria de ese reino, y corresponde con la cabeza de oro en el capítulo 2. Las alas de águila representan la rapidez de sus conquistas y el orgullo altivo de sus monarcas. «Porque he aquí, yo levanto a los caldeos, [Babilonia]... volarán como águila que se apresura a comer.» (Habacuc 1:6-8). El arrancamiento de sus alas puede referirse a la humillación del orgulloso monarca de Babilonia, capítulo 4:31-37, o a la cobardía de Belsasar, quien, en lugar de ahuyentar a sus enemigos como un león, se encerró en la ciudad, festejando y bebiendo con sus señores, hasta que fue asesinado y el reino fue entregado a los medos y persas.

Versículo 5

«Y he aquí, otra bestia, una segunda, semejante a un oso, y se levantó sobre un costado [representando dos líneas de reyes, una mucho más larga que la otra],

y tenía tres costillas en la boca, entre sus dientes; y le dijeron así: Levántate, devora mucha carne.» (Daniel 7:5)

El oso corresponde con el pecho y los brazos de plata de la imagen, y representa el reino medo-persa, que sucedió a Babilonia. Es claramente el reino aquí descrito. Fue conocido por su crueldad y sed de sangre. «Las tres costillas en la boca de este oso, simbolizan evidentemente las tres grandes potencias conquistadas por el reino medo-persa; a saber, Babilonia, Lidia y Egipto». Véase *Historia Antigua de Rollin*. Subyugó muchos y populosos reinos. Asuero, o Artajerjes, reinó sobre ciento veintisiete provincias. Véase (Ester 1:1).

Versículo 6

«Después de esto miré, y he aquí, otra, semejante a un leopardo, que tenía sobre su lomo cuatro alas de ave; la bestia tenía también cuatro cabezas; y le fue dado dominio.» (Daniel 7:6)

El leopardo corresponde con los costados de bronce de la imagen del capítulo 2, e ilustra a Grecia. Las cuatro alas denotan la rapidez de sus conquistas bajo Alejandro. Las cuatro cabezas representan su división en cuatro partes, después de que Alejandro murió y su posteridad fue asesinada.

Versículos 7, 8

«Después de esto vi en las visiones de la noche, y he aquí, una cuarta bestia, espantosa y terrible, y sobremanera fuerte; y tenía grandes dientes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies; y era diferente de todas las bestias que fueron antes de ella; y tenía diez cuernos. Consideré los cuernos, y he aquí, otro cuerno pequeño subía entre ellos, delante del cual fueron arrancados de raíz tres de los primeros cuernos; y he aquí, en este cuerno había ojos como ojos de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas.» (Daniel 7:7, 8)

La cuarta bestia corresponde con las piernas de hierro de la imagen del capítulo 2, y representa el reino romano. Los diez cuernos de la bestia corresponden con los diez dedos de los pies de la imagen, y representan los diez

reinos en que se dividió el imperio occidental de Roma. Pero estos versículos serán examinados particularmente cuando llegemos a la explicación del ángel. También pasaremos por alto las palabras del texto en los versículos 9, 10, 13 y 14, que ya hemos notado.

Versículo 11

«Miré entonces, a causa del sonido de las grandes palabras que hablaba el cuerno; miré hasta que la bestia fue muerta, y su cuerpo destruido y entregado a la llama ardiente.» (Daniel 7:11)

Nada se dice de que el dominio de esta bestia fuera quitado, como se dice de las otras. Las otras perdieron su dominio después de un tiempo; pero sus súbditos sobrevivieron y fueron transferidos a los gobiernos sucesivos; pero el *cuerpo mismo* (súbditos) de este cuarto reino es destruido y entregado a la llama ardiente.

Versículo 12

«En cuanto a las demás bestias, su dominio les fue quitado; pero les fue prolongada la vida por un tiempo y por una estación.» (Daniel 7:12)

Babilonia, Media y Persia, y Grecia, perdieron sucesivamente el dominio; pero las vidas de las respectivas naciones fueron prolongadas, al ser fusionadas en los gobiernos sucesivos.

Versículos 15-18

«A mí, Daniel, se me turbó el espíritu en medio de mi cuerpo, y las visiones de mi cabeza me asombraron. Me acerqué a uno de los que estaban allí, y le pregunté la verdad de todo esto. Y él me lo dijo, y me hizo saber la interpretación de las cosas. Estas grandes bestias, que son cuatro, son cuatro reyes que se levantarán de la tierra. Pero los santos del Altísimo tomarán el reino, y poseerán el reino para siempre, por los siglos de los siglos.» (Daniel 7:15-18)

Note esto: Se le presentaron al profeta cuatro bestias, que representan cuatro monarcas universales, ni más ni menos. La cuarta «bestia fue muerta, y su cuerpo destruido, y entregado a la llama ardiente». (Daniel 7:11). Esto denota la

destrucción de todos los impíos vivientes. Luego, los santos del Altísimo toman el reino, y poseen el reino, no solo por mil años, sino para siempre, por los siglos de los siglos.

Versículos 19-25

«Entonces quise saber la verdad acerca de la cuarta bestia, que era diferente de todas las otras, en extremo terrible, cuyos dientes eran de hierro, y sus uñas de bronce; que devoraba, desmenuzaba y pisoteaba el resto con sus pies; y de los diez cuernos que tenía en su cabeza, y del otro que subía, y delante del cual cayeron tres; y de aquel cuerno que tenía ojos, y boca que hablaba grandes cosas, y cuyo aspecto era más robusto que el de sus compañeros. Yo miraba, y este mismo cuerno hacía guerra contra los santos, y prevalecía contra ellos, hasta que vino el Anciano de Días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo, y llegó el tiempo en que los santos poseyeron el reino. Así dijo: La cuarta bestia será el cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los reinos, y devorará toda la tierra, la hollará y la desmenuzará. Y los diez cuernos de este reino son diez reyes que se levantarán; y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y derribará a tres reyes. Y hablará palabras contra el Altísimo, y afligirá a los santos del Altísimo, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y le serán entregados en su mano hasta un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo.»
(Daniel 7:19-25)

Estos versículos exigen un comentario más extenso. Los puntos a destacar son:

1. La cuarta bestia, o cuarto reino.

Ningún reino que haya existido en la tierra le corresponderá, excepto el reino romano. Este ha sido verdaderamente *diferente de todos los reinos*, especialmente en sus formas de gobierno, que no fueron menos de siete, siendo, en diferentes momentos, Republicano, Consular, Tribuno, Decenviral, Dictatorial, Imperial y Real. Finalmente fue dividido en los imperios de Oriente y Occidente; la propia Roma estaba en el imperio de Occidente.

2. Los diez cuernos.

Entre los años 356 y 483 d.C., el Imperio Romano se dividió en diez reinos, como se señaló en las observaciones sobre el capítulo 2. Así, los diez cuernos son diez reyes (reinos) que surgieron de este imperio.

3. El cuerno pequeño.

Las características de este cuerno son, primero, que habla *grandes palabras contra el Altísimo*; y, segundo, que *hace guerra contra los santos y los desgasta*. El mismo carácter se describe en Apocalipsis 13:6, 7: «Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, y de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. Y se le dio autoridad para hacer guerra contra los santos, y para vencerlos.» (Apocalipsis 13:6, 7). Daniel dice que «prevalció contra ellos». Pablo dice: «Aquel día no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdicción; el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios.» Daniel al cuerno pequeño, el hombre de pecado de Pablo y la bestia blasfema de Juan son claramente idénticos.

Debe admitirse que tal poder ha surgido, y que es el Papado. Los títulos que los papas han asumido, de «Santísimo Señor», y sus pretensiones de perdonar el pecado, incluso antes de su comisión, si no tuviéramos nada más, establecerían suficientemente el carácter blasfemo de ese poder. El Papa Inocencio III escribe:

«Él [Cristo] ha puesto a un hombre sobre el mundo, a aquel a quien ha nombrado su vicario en la tierra; y así como ante Cristo se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, así se pagará obediencia y servicio a su vicario por todos, para que haya un solo rebaño y un solo pastor.»

De nuevo, el Papa Gregorio VII dice:

«El pontífice romano solo es por derecho universal. Solo en él reside el derecho de hacer leyes. Que todos los reyes besen los pies del papa. Solo su nombre se oirá en las iglesias. Es el único nombre en el mundo. Es su derecho deponer reyes. Su palabra no debe ser anulada por nadie. Debe ser anulada solo

por él mismo. No debe ser juzgado por nadie. La iglesia de Roma nunca ha errado, y las Escrituras testifican que nunca errará.»

Ciertamente, aquí hay un poder *diferente de todos los demás*, y lo suficientemente orgulloso y blasfemo como para corresponder al carácter del cuerno pequeño. Se dice de este cuerno que *pensará en cambiar los tiempos y la ley*. Es evidente que las leyes de las que aquí se habla son las leyes del Altísimo; porque su obra es oponerse a Dios. El cambio de las leyes humanas no se señalaría aquí como una característica del hombre de pecado; porque sus actos distintivos son *contra Dios y sus santos*. En cumplimiento de esta parte de la profecía, la apostasía romana ha eliminado prácticamente el segundo mandamiento del decálogo, ha cambiado el día de reposo del cuarto mandamiento, del séptimo al primer día de la semana, y ha dividido el décimo para completar el número de diez mandamientos. Véase el Catecismo Católico.

4. El momento en que surgió el cuerno pequeño, o el papado.

Surgió entre los diez cuernos, por lo tanto, no apareció antes del 483, cuando surgió el décimo cuerno. Tres de los diez cuernos fueron arrancados antes del cuerno pequeño en su ascenso. Por lo tanto, se estableció justo en el punto donde cayó el tercer cuerno.

En el año 493 de nuestro Señor, los Heruli en Roma e Italia fueron conquistados por los Ostrogodos. En el 534, los Vándalos, que estaban bajo influencia arriana, fueron conquistados por los Griegos, con el propósito de establecer la supremacía de los Católicos. Los Ostrogodos, que poseían Roma, estaban bajo un monarca arriano, que era enemigo de la supremacía del obispo de Roma. Por lo tanto, antes de que el decreto de Justiniano (el emperador griego de Constantinopla) pudiera llevarse a efecto, por el cual había constituido al obispo de Roma cabeza de todas las iglesias, los Ostrogodos debían ser arrancados. Esta conquista fue efectuada por el ejército de Justiniano en el mes de marzo del 538; momento en el cual los Ostrogodos, que se habían retirado fuera de la ciudad y la habían asediado a su vez, levantaron el asedio y se retiraron, dejando a los Griegos en posesión de la ciudad. Así, el tercer cuerno fue

arrancado antes del papado, y con el propósito expreso, además, de establecer ese poder. Véase *Decadencia y Caída del Imperio Romano* de Gibbon.

Los hechos responden bien a la profecía. Aquí está la carta de Justiniano al obispo de Roma, en el año 533 d.C.:

«Justiniano, piadoso, afortunado, renombrado, triunfante, emperador, cónsul, etc., a Juan, Santísimo Arzobispo de nuestra ciudad de Roma, y Patriarca.

Honrando la sede apostólica, y a vuestra santidad (como siempre fue y es nuestro deseo), y como nos corresponde, honrando a vuestra bienaventuranza como a un padre, hemos expuesto sin demora ante la consideración de vuestra santidad todas las cosas pertinentes al estado de la iglesia. Puesto que siempre ha sido nuestro ferviente estudio preservar la unidad de vuestra santa sede, y el estado de las santas iglesias de Dios, que hasta ahora se ha mantenido, y permanecerá, sin ninguna oposición interferente; por lo tanto, nos apresuramos a someter, y a unir a vuestra santidad, a todos los sacerdotes de todo el Oriente. En cuanto a los asuntos que actualmente se agitan, aunque claros e indudables, y, según la doctrina de vuestra sede apostólica, tenidos por seguros, resueltos y decididos por todos los sacerdotes, hemos considerado necesario presentarlos ante vuestra santidad. Tampoco permitimos que nada que pertenezca al estado de la iglesia, por manifiesto e indudable que sea, y que se agite, pase sin el conocimiento de vuestra santidad, que sois la cabeza de todas las iglesias. Porque en todas las cosas (como se ha dicho o resuelto) estamos prontos a aumentar el honor y la autoridad de vuestra sede.»

«La autenticidad del título», dice el Sr. Croly, «recibe una prueba irrefutable de los edictos de las ‘Novellae’ del código justiniano. El preámbulo de la novena declara ‘que así como la antigua Roma fue la fundadora de las leyes, así no debía cuestionarse que en ella residía la supremacía del pontificado’. La 131.^a, sobre Títulos y Privilegios Eclesiásticos, cap. 2., declara: ‘Por lo tanto, decretamos que el santísimo papa de la antigua Roma es el primero de todo el sacerdocio; y que el beatísimo arzobispo de Constantinopla, la nueva Roma, ocupará el segundo

rango, después de la santa sede apostólica de la antigua Roma'». — Croly sobre el Apocalipsis, pp. 114,115.

La Roma imperial cayó alrededor del año 475 d.C., y estuvo en manos de los bárbaros. Así continuó hasta la conquista de Roma por Belisario, el general de Justiniano, del 536 al 538, cuando los Ostrogodos la dejaron en posesión del emperador griego, en marzo del 538. Así se abrió el camino para que el dragón diera a la bestia su poder y gran autoridad. (Apocalipsis 13:2).

5. El tiempo que este poder debía continuar.

Daniel dice: «un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo.» Juan dice, en Apocalipsis 13:5: «Se le dio autoridad para actuar durante cuarenta y dos meses.» (Apocalipsis 13:5). Debía hacer guerra contra los santos, la iglesia; y en Apocalipsis 12:6, se nos dice que la mujer, la iglesia, «huyó al desierto por mil doscientos sesenta días;» (Apocalipsis 12:6); y en el versículo 14, que fue por «un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo.» (Apocalipsis 12:14). Aquí, entonces, tenemos el período de la continuación de este poder dado en tres formas de expresión, lo que establece el punto de que el tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo, son 42 meses, o 1260 días proféticos, o años literales.

6. La terminación de los 1260 años.

Desde el 538, 1260 años se extenderían hasta el 1798. ¿Sucedió algo ese año que justificara la creencia de que el dominio del papado terminó en ese momento? Es un hecho histórico que, el 10 de febrero de 1798, Berthier, un general francés, entró en la ciudad de Roma y la tomó. El 15 del mismo mes, el papa fue hecho prisionero y encerrado en el Vaticano. El gobierno papal, que había continuado desde la época de Justiniano, fue abolido, y se le dio a Roma una forma republicana de gobierno. El papa fue llevado cautivo a Francia, donde murió en 1799. Así, «el que lleva en cautividad, va en cautividad; el que mata a espada, a espada debe ser muerto (subyugado).» (Apocalipsis 13:10). Su dominio fue quitado por la guerra.

«Pero el juicio se sentará, y le quitarán su dominio, para ser consumido y destruido hasta el fin.» (Daniel 7:26). Véase 2 Tesalonicenses 2:8: «A quien el

Señor consumirá con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida.» (2 Tesalonicenses 2:8).

Se admite que el papa fue restaurado, o que se eligió uno nuevo. Pero se niega que ahora tenga poder para deponer reyes y dar muerte a los santos. Antes de que le arrebataran su dominio, depuso reyes a su antojo durante siglos, y silenció a los herejes con la hoguera, el potro de tortura, la prisión y la espada. Esto no puede hacerlo ahora, ni ha podido hacerlo desde 1798. El papado se ve obligado a tolerar el protestantismo. Oiga al propio papa sobre este tema. Aquí está su carta, fechada en septiembre de 1840, en Roma: —

CARTA ENCÍCLICA DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR GREGORIO XVI, por la Divina Providencia Papa, a todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos.

«Venerables Hermanos, — Salud y la Bendición Apostólica. Bien sabéis, Venerables Hermanos, cuán grandes son las calamidades que aquejan por todas partes a la Iglesia Católica en esta edad tan triste, y cuán lastimosamente se ve afligida.... En verdad, ¿no nos vemos (¡oh, qué vergüenza!) obligados a ver a los enemigos más astutos de la verdad, vagando impunemente por doquier; no solo atacando la religión con ridículo, la iglesia con contumelia, y a los católicos con insultos y calumnias, sino incluso entrando en ciudades y pueblos, estableciendo escuelas de error e impiedad, publicando impreso el veneno de sus doctrinas, hábilmente oculto bajo el velo engañoso de las ciencias naturales y nuevos descubrimientos, e incluso penetrando en las cabañas de los pobres, viajando por distritos rurales, e insinuándose en una familiaridad con los más humildes del pueblo, y con los agricultores? Así no dejan medio sin intentar, ya sea por Biblias corruptas en la lengua del pueblo, o periódicos pestíferos y otras publicaciones similares, o conversaciones capciosas, o caridad fingida, o, finalmente, por el don de dinero, para seducir a la gente ignorante, y especialmente a la juventud, a sus redes, e inducirlos a abandonar la fe católica.

Nos referimos a hechos, Venerables Hermanos, que no solo os son conocidos, sino de los cuales sois testigos; incluso vosotros, que, aunque os lamentáis, y,

como vuestro deber pastoral lo exige, de ningún modo permanecéis en silencio, os veis sin embargo obligados a tolerar en vuestras diócesis a estos propagadores de la herejía y la infidelidad antes mencionados.... De ahí que sea fácil concebir el estado de angustia en que nuestra alma se sumerge día y noche, ya que nosotros, encargados de la superintendencia de todo el rebaño de Jesucristo, y del cuidado de todas las iglesias, debemos dar cuenta por sus ovejas al Divino Príncipe de los Pastores. Y hemos creído conveniente, Venerables Hermanos, recordar a vuestras mentes por nuestra presente carta las causas de esos problemas que nos son comunes a vosotros y a nosotros, para que consideréis con mayor atención cuán importante es para la iglesia que todos los santos sacerdotes se esfuercen, con celo redoblado, y con trabajos unidos, y con toda clase de esfuerzos, para repeler los ataques de los furiosos enemigos de la religión, para hacer retroceder sus armas, y para prevenir y fortificar contra los sutiles halagos que a menudo utilizan. Esto, como sabéis, hemos tenido cuidado de hacer en toda oportunidad; ni dejaremos de hacerlo; como tampoco ignoramos que siempre lo habéis hecho hasta ahora, y confiamos firmemente en que lo haréis en adelante con celo aún mayor.»

«Dado en Roma, en Santa María la Mayor, el 18 de las Calendas de Septiembre, del año 1840, el décimo de nuestro pontificado. «GREGORIO XVI, Papa.»

«Y que el reino y el dominio, y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sean dados al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y le obedecerán.» (Daniel 7:27).

Así, el reino inmortal del Altísimo se sitúa *debajo*, no *encima*, de todo el cielo. Por lo tanto, abarcará toda la tierra cuando sea purificada por fuego y hecha nueva. (Apocalipsis 21:5). Entonces se cumplirá la palabra del Señor por sus profetas: «Pero tan ciertamente como vivo yo, toda la tierra será llena de la gloria de Jehová.» (Números 14:21). «Pero los mansos heredarán la tierra, y se deleitarán en la abundancia de paz.» (Salmo 37:11). «Porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar.» (Isaías 11:9).

«Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar.» (Habacuc 2:14).

Ahora veamos dónde nos encontramos en la cadena profética. Hemos pasado el león, Babilonia. Hemos dejado atrás el oso con tres costillas en su boca. La señal del leopardo con cuatro alas de ave y cuatro cabezas, ha sido superada. La bestia espantosa y terrible con diez cuernos ha sido vista. Hemos pasado el cuerno pequeño con ojos como de hombre. Eso está entre las cosas numeradas con el pasado. ¿Qué sigue? El Juicio, y el reino eterno de Dios.